

septiembre

Mi novena querida: no crea Ud.  
que mi intencion fue no desaleu-  
tarla por la prensa. Lo que  
dije, lo dije sinceramente; y si  
en ello hubo quiza algunos  
puntos de escajamiento, no fue  
por sinceridad (si algun  
cosa me molestare en Ud. se la  
diria) sino porque asi me salio  
del corazón; y salio en esa forma  
en tanto linea porque el sen-  
timiento: el cariño, cuando son  
abundantes, sobran la medida,  
sobre todo si la persona amada  
esta lejos de uno. Yo en la forma  
de mi novena una mujer  
sucia, no se positivamente si

falsa o verdadera (las circunstancias  
afirman lo primero); de todos mo-  
dos esas cualidades no las he in-  
ventado, porque a fuer de hombre  
que estima la realidad por sobre  
todas las cosas, no podría sacar  
las de mi imaginación por mi  
rico que sea. Las he adivinado  
entre líneas, por sus frases, por  
aquel llantito espontáneo en el teatro  
Santiago, por esa florcita de la  
carta, por su simpática alegría  
al verme en la Lemman Santa de  
este año (revelaba de tal modo  
la sinceridad sus queridos ojos  
negros que intuíces me juré  
de nuevo a mi mismo que vería

ut. mi. mujeres) por todas esas  
cosas que brotan de los ojos, de  
las palabras, de las acciones, cuando  
se ama de verdad, me he formado  
de una imagen moral de mi  
movimiento que me comprato  
por todo el alma que sea  
muerta, como ella dice, es  
dejar, que no sea cegueta, pae-  
lanchino, superficial, ni amiga  
de lucirse en todas partes como  
una murdela de la Casa francesa  
o Gath e Chaner.

¿Acaso le está pasando, mi  
querida Virginia, en la comedia  
de Benavente, lo que a Don Alonso  
Quijano el Bueno por los libros  
de caballerías? Porque eso de

mezclar la vida con la exageracion  
de las comedias es algo peligroso.  
Comunmente el observar de vida  
es pesimista: hai siempre mucha  
amargura al hablar de los hombres  
y sus luchas en los escritores, cuya  
ansia de sentir y de vivir es in-  
gostable; y despreciador de los  
nervios. Hai que hacer con los  
libros lo que se hace con las  
papas. Al sacarlas del suelo  
estan llenas de tierra desmi-  
gajadas, se las limpian, se las  
pela, se las corta en rodajas  
y uno se las engulle blanditas  
y considerablemente diseminadas.  
Leer y creer a pie juntillas lo  
que los artistas sienten y escriben

damente sería como ponerse  
los papos conchas, con pedregos  
de tierra en los hendideros de  
los botes. Sin embargo, le  
enriaré algunas por medio  
por el caso contrario, es decir,  
en que los hombres son unos a  
jeles, y las mujeres unos temerarios.  
En cuanto a esto me parece  
que hai que atenderse a lo que  
de Ferri, hablando de la mu-  
jer: sobre la mujer hai dos  
opiniones esenciales; la de  
los que han sido felices en amor;  
y la de los que han sido desgra-  
ciados. Los primeros aseguran  
que la mujer es un dechado  
de perfecciones; los segundos

que es un enjambre de Latemas:  
Cambie mujer por hombre;  
en el fondo, tiene resuelto el  
problema.

Espero esa vista del hico. Efecti-  
vamente por esas salas anduvo la  
esquelética figura de su amigo con  
un ~~casaca~~ <sup>casaca</sup> muy semejante a la de  
Romeo Ramírez. Especie de candidato  
y de esfuerzo que, sin embargo, re-  
cuerdo en un *simulacrum*. Teo  
muy bien el gran patio cuadrado  
en cuyos rincones había olivos  
de copudo follaje: aun me parece  
estar sentado en un banco, negro  
de negro, sin atender la voz del pro-  
fesor, el viejo D. Manuel Jáñez

o el raboso D. Gourel. Luego, i'is  
el gorjeo sin concierto de los diues  
caseros picoteando las hojas  
jugosas de los árboles. Y ahora se  
agrega un recuerdo mas: cada vez  
que recuerdo esos patios he de ver  
la silueta de una muchacha quecida  
contemplando con sus tiernos ojos  
negros la salma sumis'vil e  
imponente del colegio. En cuanto  
a castigos, le aseguro que era algo  
absurdo. En aquel liceo antiguo,  
se castigaba hasta por reirse.  
Yo era un muchacho inquieto, dicitado,  
polemista. Me creia, con una erudi-  
cion precoz en idiomas, literatura,

un pequeño Menéndez Peláez; i  
todo en discutir i susar razones.  
Basta por ejemplo el pan de las comidas  
no estaba lo suficientemente cocido o  
tenia pelotones blancuzcos de harina.  
Al llegar a Olinda, ostentaba en mi ha-  
ber seiscientos luros de castigo. Re-  
muerdo que en una comida dada ahuri-  
que a Olinda en Santiago, se hablaba  
de esto; i D. Enrique, para concluir, dijo:  
~~esto~~:— Basta decirles que Mariano, el  
suave Mariano tenia mas luros que  
dias tiene un año esclavo. Sin embargo,  
bien puedo asegurar que, fuera de cierta  
altanería, era un buen muchacho:  
leal, sincero, incapaz de nada malo. Y el  
poco tri, mi morena, salvo, por supuesto,  
lo modesto de la recomendación. Después  
que oule el tiempo, espera su carta y

Mariano

IX-5-1913

Cor 10-75